

Notas para la presentación del libro La noche de treinta y un años, del Dr. Félix García Carrasco.

José J. Rodríguez Vázquez

En memoria de Pepe Juan y Don Ismael

¿Cuál es la obra que compartimos y que nos sirve de motivo para este diálogo con su autor? En un primer momento, y de una breve conversación con el Dr. García Carrasco, pensé que La noche de treinta y un años era, estrictamente, una obra sobre la llamada era de Trujillo. El tema me interesó porque, casi por casualidad, me encontraba leyendo la novela del peruano Mario Vargas Llosa, La fiesta del chivo y tenía en agenda la lectura de En el tiempo de las mariposas de Julia Álvarez. La fiesta del chivo había reactivado en mi memoria una de mis primeras inquietudes políticas cuando escuchaba, hoy ya hace prácticamente casi cuarenta años, al Dr. García Carrasco y a mi Padre, Pepe Juan, conversar sobre la figura del que sin lugar a dudas ha sido uno de los dictadores más sanguinario y despiadado de nuestra América. En aquella época, comprendía muy poco los procesos políticos de América Latina, pero podía percatarme de la seriedad y la pasión con que aquellos dos letrados discutían las causas de la tiranía y la crueldad inusitada en sus formas de ejercer el poder. El diálogo

dejó sus huellas y todavía hoy sigo indagando sobre las causas de la barbarie y el papel del dictador en la historia política latinoamericana.

La obra también me había hecho retornar a un viaje que fue mi primer contacto directo con el pueblo dominicano. Con el Dr. García Carrasco, su hijo Félix, y Pepe Juan, visité por primer vez, la República Dominicana, en el año 1967. Dos cosas me impactaron en este mi primer encuentro con los hermanos caribeños: la cordialidad de los dominicanos y su deseo de conversar sobre asuntos políticos. Tengo que decir que fueron unos jóvenes dominicanos con los que compartí una noche en La Vega, los que me obligaron a repensar las relaciones entre Estados Unidos y Puerto Rico. El país que la mayoría de los puertorriqueños pensaban como el Padre poderoso y benévolo que guiaba al pueblo pequeño por los caminos de la Historia, era para ellos el invasor, el culpable de la tragedia política dominicana del siglo XX. Entre la invasión norteamericana de 1916 y la de 1965 había reinado el tirano y para aquellos jóvenes con los que conversé no había ninguna duda de que los norteamericanos habían intervenido de una manera negativa en el proceso histórico-político de su país. En mi caso personal, despertada la curiosidad, Vietnam y las luchas raciales en los Estados Unidos terminaron por enseñarme la otra cara de la Historia.

Me encontraba pues leyendo sobre aquello que había escuchado, y todavía sentía como una asignatura pendiente que debía estudiar, cuando recibo una llamada y es el Dr. García Carrasco que quiere dejarme saber que acaba de publicar una obra sobre la historia de la República Dominicana, haciendo incapie en el trujillato. Inmediatamente estuvimos de acuerdo en que era necesario que la comunidad puertorriqueña tuviese la oportunidad de escuchar sobre el tema e hiciese un acercamiento a la historia política dominicana. Pero la obra me sorprendió. Y eso por varias razones que quiero presentar como lo que me parecen algunos méritos de este trabajo.

En primer lugar, La noche de treinta y un años es un texto que trasciende el período histórico que abarca el trujillato (1930-1961). Y lo trasciende tanto hacia el pasado como hacia el futuro. El que lea este trabajo se encontrará con un interesante manual de historia dominicana, un esfuerzo intelectual que invita a pensar la historia del pueblo dominicano desde el período precolombino hasta nuestros días. ¿Proyecto ambicioso? Tal vez. Pero este texto posee un poderoso acento didáctico y es rico en datos históricos. Estos son los dos primeros méritos que debemos agradecerle al autor y cualquier lector que estudie este trabajo tendrá la oportunidad de gozar de

una obra que enriquecerá sus conocimientos sobre el hermano país caribeño.

En segundo lugar, llama la atención que esta historia del pueblo dominicano se realiza desde una posición, política y ética, abiertamente asumida. La noche de treinta y un años no pretende ser la historia "objetiva" que se limita a describir los acontecimientos pasados. Se trata, por el contrario, de una verdadera "interpretación", de una perspectiva de la historia del pueblo dominicano que esta colocada en la defensa de la independencia dominicana y de los grupos y movimientos que intentaron edificar una sociedad próspera, democrática e igualitaria. El autor se aleja del modelo científico positivista del intelectual distanciado de su objeto de estudio, para hablarnos como testigo directo de muchos de los acontecimientos y narrarnos, con el poder de su posicionamiento, lo que considera vital pensar en la historia dominicana.

Quisiera detenerme un poco en esta mirada del autor porque la misma permite destacar la hibridez teórica del intelectual progresista del Caribe. La perspectiva teórica del Dr. García Carrasco se nutre de diversas tradiciones ideológico-políticas. En primer lugar, creo posible reconocer el acento del republicanismo o el llamado humanismo cívico liberal ilustrado. En su lectura, hay una constante preocupación por la forjación

de la República y del ciudadano virtuoso que asume la vida pública a partir de los valores de amor a la patria y responsabilidad social con sus conciudadanos.

También es posible reconocer dos planteamientos esenciales del liberalismo ilustrado: por un lado, la importancia del individuo como ser libre y racional y, por otro lado, el papel central de la educación en el proceso de formación de toda persona. Como buen moderno, el autor insiste en el poder de la educación y le asigna a su texto la misión de ayudar en el proceso de formación del individuo-ciudadano.

Una tercera tradición intelectual que atraviesa todo el texto es la del nacionalismo independentista latinoamericano. Para el Dr. García Carrasco existe, además del individuo, un actor social: la nación-pueblo dominicano. Este enfoque convierte su historia en una historia de la fundación y las luchas de la nación dominicana para hacerse un lugar en la Historia universal de la humanidad.

En cuarto lugar, y de vital importancia, está la perspectiva teórica radical que ofrece un marxismo humanista poco ortodoxo. El análisis incorpora pues a otros sujetos colectivos, como son las clases sociales, y destaca la explotación y la dominación como un rasgo de la historia nacional dominicana. Creo poder sintetizar la lectura del Dr. García Carrasco diciendo

que para él, la nación dominicana se ha forjado en el tiempo pero está atravesada por profundas luchas sociales y políticas y que su salvación sólo podrá asegurarse cuando sea capaz de reconciliar sus contrarios en una nueva síntesis histórico-social que asegure el progreso económico, la democracia política y la igualdad social.

Por último, marca la obra del Dr. García Carrasco un fuerte acento psicologista, que, desde mi perspectiva, resulta interesante pero peligroso. El texto se lanza al análisis del carácter del tirano y sus secuaces para tratar de descifrar la patología del asesino, del corrupto y del traidor. Pero más allá de las dificultades que le encuentro a esta mirada psicologista tengo que aceptar que la misma le da al texto un poder de expresión sin el que no sería definitivo el "ajuste de cuentas" con el pasado.

Resumiendo, estos cinco enfoques teórico-metodológicos le permiten al autor una postura ética que es central en la obra: la de solidaridad absoluta con los oprimidos o las víctimas de la Historia. Los pobres, los esclavos, los desposeídos, los oprimidos, los humillados, los encarcelados y los asesinados se consideran las fuerzas verdaderamente positivas en las luchas para forjar la nación dominicana; mientras que los enemigos son la suma de los ricos propietarios y los políticos y caudillos

ambiciosos que ejercen el poder con desmesura hasta metamorfosearse, histórica y humanamente, en el tirano y sus acólitos.

Un tercer punto que me parece fundamental es el de su dialéctica interpretativa. El Dr. García Carrasco sabe que no es posible comprender el proceso histórico sin asediarlo desde distintos lugares. Así, es importante señalar, que, su enfoque marxista, le permite destacar las características económicas de la sociedad dominicana, la dinámica de su capitalismo dependiente y, más aún, la estructura social y las luchas históricas entre diversas clases nacionales.

Pero lejos del determinismo económico, el autor destaca que la historia y la política son acción humana. De aquí la importancia de reconocer que la historia es siempre un sinnúmero de posibilidades, que no existe una sentencia fatal que adscriba un desenlace, que lo acontecido sucedió pero no como una calamidad natural, climatológica, geográfica o racial. De aquí su insistencia en la necesidad de comprender la historia y en dotarse de una conciencia social y una perspectiva histórica. Obviamente no se trata de que se pueda cambiar el pasado sino de entender que el mismo no tiene que repetirse en el futuro y de que el conocimiento de lo sucedido resulta indispensable para actuar en el presente.

Un cuarto punto que me parece un merito del texto es reconocerse en polémica con otras interpretaciones históricas de la sociedad dominicana, particularmente por la que acuñaron los intelectuales del trujillato. En este aspecto, lo más relevante me parece el esfuerzo de repensar las relaciones Haití-República Dominicana. Si intelectuales trujillistas, como Manuel A Peña Batlle y Joaquín Balaguer, pensaron lo dominicano como lo opuesto a lo haitiano, el Dr. García Carrasco nos invita a otra lectura del pasado que parta de un reconocimiento del valor del pueblo haitiano para luchar por su liberación política y social y permita diluir la rigidez de la "frontera" mediante la creación de vías de comunicación que aseguren la convivencia, el respeto y la solidaridad entre ambos pueblos. En su escrito, lo dominicano ha dejado de ser pensado como lo opuesto a lo haitiano. La identidad asumida como rechazo de un "otro" definido como peligroso e inferior, pasa a ser ahora asumida como un logro histórico incuestionable. Los pueblos dominicano y haitiano son dos comunidades ya afianzadas en el tiempo y el espacio y cada uno de ellos, puede y debe, vivir en armonía y mutuo enriquecimiento cultural con su vecino territorial. Sin negar las identidades nacionales, el Dr. García Carrasco se suma aquí a la larga tradición caribeñista promulgada por intelectuales como José Martí y Ramón Emeterio Betances.

Un quinto punto que considero relevante es que para el Dr. García Carrasco, la comprensión del proceso histórico dominicano y caribeño en general, no puede completarse sin una perspectiva que trascienda las fronteras nacionales y adopte un enfoque geopolítico que permita entender el Caribe como eso que Juan Bosch llamó "frontera imperial". Y no es que la historia de los pueblos del Caribe puedan reducirse a los gestos, casi siempre dominados por la ambición, de las potencias imperiales que se han posado sobre esta geografía a partir de Cristóbal Colón. Pero el descuido de la política mundial y de las luchas imperialistas obviamente crearían un vacío interpretativo que sería imperdonable. En un seminario de estudio que ofreció recientemente en la Universidad de Puerto Rico en Arecibo, el Dr. Pedro San Miguel, seguramente el historiador puertorriqueño que mejor conoce la historia dominicana, señalaba que la historiografía caribeña había estado dominada por tres grandes enfoques: el económico, que gira alrededor del tema de la plantación, la esclavitud y el azúcar; el geopolítico, que coloca el acento analítico en el papel de las grandes potencias imperiales, y el nacionalista, que busca destacar el proceso de formación y consolidación de una identidad nacional capaz de generar la formación del estado-nación independiente.

Creo que es posible decir que el Dr. García Carrasco se mueve de uno a otro con una gran soltura.

Por último, pero no menos importante, creo que en esta obra debe resaltarse su acento autobiográfico. Esta historia-testimonio cargada de pasión nos recuerda que a veces la palabra, para exorcisar los demonios del pasado, debe ser aguda, filosa, cortante y, más aún, valiente, firme y dispuesta al combate.